

DISCURSO

SOBRE LA

INMEDIATA ABOLICION DE LA ESCLAVITUD

EN LA ISLA DE PUERTO RICO,

EL DIA 21 DE DICIEMBRE DE 1872.

Señores Diputados: Dispénsese la Cámara si comienzo mi discurso leyendo párrafos de antiguos discursos míos, que son necesarios para explicar y justificar mi posición personal en este debate.

Era el 20 de Junio de 1870: se discutía, como hoy se discute, la cuestión esencial entre todas las cuestiones, la cuestión de la esclavitud; y yo decía entonces estas palabras, que necesito leer á la Cámara: «En la revolución de Setiembre ha habido dos movimientos: uno análogo al movimiento francés de 1830, otro análogo al movimiento francés de 1848. El partido radical y el partido conservador creen haber firmado en el Código fundamental de 1869 un pacto, cuando sólo han firmado una tregua; creen haber encontrado un cauce para mezclar sus corrientes, cuando sólo han encontrado un nuevo campo de batalla donde medir sus fuerzas.»

Y después, combatiendo yo aquella ley de coali-

ción, ley imperfecta, propuse que se sustituyera por una ley radical, y dije estas palabras: «Vuestra ley no es ley de caridad, no es ley de humanidad. Vuestra ley exacerba todos los males en lugar de curarlos. Cuando las llagas son profundas, los paliativos son inútiles. Se necesita el cauterio. Y el cauterio se encuentra en la enmienda que yo tengo la honra de proponeros; el cauterio se encuentra en la inmediata abolición de la servidumbre.»

Señores Diputados, después de tres años, la abolición inmediata de la esclavitud en Puerto-Rico se presenta aquí, se presentará aquí por iniciativa del Gobierno en una de las próximas sesiones. Y ahora os pregunto, pregunto á todas las conciencias honradas: ¿puede haber álguien que extrañe mi posición personal en este debate? A pesar de eso, señores Diputados, no hablo por mi voluntad y por mi deseo; aunque pudiera invocar estos precedentes en abono de mi conducta, me he resistido á hablar, porque ni siquiera busco en la política satisfacciones de amor propio; sólo me satisface el triunfo de los principios, y el bien que puedan reportar á los pueblos. No hablo por mi voluntad, hablo por exigencias; más que por exigencias, hablo por mandatos; más que por mandatos, hablo por imposiciones de la minoría republicana. Cuantos me escuchan saben que si en otros Parlamentos, que si en otras legislaturas he abusado de la palabra, en este Parlamento y en esta legislatura no he usado siquiera.

Gravísimas interpretaciones se han dado fuera de aquí á este silencio, en mi creer, inspirado por alto sentimiento de patriotismo, por altísima razón de justicia; gravísimas interpretaciones, que todas se han estrellado en la serenidad inextinguible de mi conciencia, y todas se han perdido en el justo olvido de la opi-

nion pública. Despues, diputados eminentes de todos los partidos conservadores, unos que me escuchan, otros, por su desgracia y por la nuestra, de aquí ausentes, me han hablado tambien de ese silencio, me han requerido para que lo rompiese, entre frases de admiracion, que yo atribuyo al afecto, y que prueban cómo los oradores eminentes lo iluminan todo con los reflejos de su palabra, cómo las almas elevadas lo elevan todo á las alturas de su propio mérito. Hablaré, señores Diputados, y quizá hable disgustando á todos; hablaré sobre la política del Gobierno, sobre el cumplimiento de sus compromisos, sobre la situacion del partido que forma la mayoría de esta Cámara, sobre la naturaleza y las tendencias de ciertos poderes altísimos, sobre la actitud que nosotros guardamos, sobre la actitud que debemos guardar, sobre la conducta prudentísima que nos imponen los azares de la Patria y las complicaciones de la política europea: hablaré de todo esto, cuando pueda hablar sin daño de la libertad, ni daño de la democracia, ni daño de la federacion, ni daño de la república; ideas á las cuales presto fervoroso culto, con una constancia rara y no bien agradecida en estos tiempos, en que los últimos llegados suelen disponer á su arbitrio de la suerte de los antiguos partidos (*Grandes aplausos*); constancia de que no lograrán separarme ni ingratitudes, ni olvidos, ni denuestos, ni calumnias; porque las ideas republicanas federales no las tengo yo por complacer á nadie, ni por servir antojos de las muchedumbres, sino porque están encarnadas en las fibras de todo mi sér, y serán inseparables compañeras de mi existencia hasta la hora misma de mi muerte.

Dicho esto, entro en el fondo del debate. La minoría republicana votó que se tomára en consideracion la proposicion dando un voto de gracias al Sr. Presi-

dente del Consejo por sus palabras sobre las reformas de Ultramar. La minoría republicana votará como un solo hombre que se apruebe esta proposicion. Al votar así la minoría republicana, no quiere votar con un partido monárquico, no quiere votar con un gobierno monárquico; quiere votar con su propia conciencia, quiere votar con sus propios principios, quiere seguir el polo inmóvil de sus antiguas doctrinas. Y si por acaso Gobierno y mayoría están con nosotros acordes en tal punto; así como en aquellos nefastos tiempos, que ya se van olvidando, en que combatíamos la Monarquía tradicional, la Iglesia intolerante, el censo que ahuyentaba al pueblo de los comicios; así como en aquellos tiempos no contábamos el número de nuestros enemigos, tampoco ahora contamos el de nuestros amigos, cuando se trata de afianzar aquí y de llevar á América los principios de libertad y de justicia.

La minoría republicana ha oído un reclamo que no puede jamas desoir, el reclamo de reformas ya prometidas, ya dadas á pueblos de antiguo opresos, víctimas del militarismo y de la burocracia, necesitados más que ningun otro pueblo de respirar la vida moderna; pueblos que son carne de nuestra carne, sangre de nuestra sangre, huesos de nuestros huesos, pedazos de nuestra alma, parte integrante del territorio nacional, esencia de nuestra Patria, con derecho á nuestros mismos derechos; y que si apenas emancipados fueran ingratos, volviéndose contra la nacion que reconoce y proclama sus derechos, contra la Cámara que los decreta y contra el poder que se los lleva, merecerian la ira de nuestra justicia, las reprobaciones del mundo civilizado, y la eterna é inapelable maldicion de la historia. (*Ruidosos y prolongados aplausos.*)

Hay todavía, señores Diputados, otra cuestion importantísima. Nosotros, como he dicho, sostuvimos

en tiempo oportuno la abolición inmediata de la esclavitud; y la sostuvimos, no porque nuestros nombres resonáran en el mundo; no como temas académicos sobre los cuales ejercitar falsa sensibilidad, ó poner preceas de nuestra retórica, no: sosteníamos esto como una exigencia del progreso universal, como un deber imprescindible de la Patria. Trabajo cuesta decirlo. Bajo este cielo inundado por los resplandores, y á veces por las tempestades también de la libertad; á la sombra de esa constitucion, cuyo título primero amplifica los derechos reconocidos por los descendientes de los Puritanos á los pueblos fundadores de la gran república americana, subsisten todavía millares de infelices, cosas y no personas, instrumentos del trabajo y de la riqueza de otros, sintiendo el calor del espíritu humano en su cerebro y la ignominia de la bestia en su conciencia; que llevan en su frente la marca del ilota, en su espalda la herida del pária, en sus plantas el hierro del esclavo, anterior á la revolucion y anterior todavía al cristianismo; crimen que debe cesar, hoy mejor que mañana; porque seríamos indignos de llevar el concepto del derecho en la mente y de presentarnos como defensores de la libertad ante la historia, si creyéramos que puede ceder en daño de la Patria el cumplimiento estricto del deber, la realizacion purísima de la justicia. (*Repetidos aplausos.*)

¡ Ah, señores Diputados! La minoría republicana quiere esto, desea esto, en absoluto, suceda lo que quiera, venga lo que viniere, porque es de justicia. Y despues, quiere esto, desea esto, porque, como todo aquello que es de justicia, es también de altísima conveniencia política. Por radicales que seamos, por racionalistas que nos mostremos, por independientes que queramos tener nuestras ideas de toda circunstancia de tiempo y espacio, nadie puede negar que un hecho de

primera magnitud en la historia trasciende á todos los tiempos; que es un hecho, como ahora se dice, inmanente en todos los siglos.

Italia conserva la educacion estética del género humano, porque Italia es la madre del Renacimiento; Alemania conserva la educacion científica del género humano, porque Alemania es la madre de la Reforma; los Estados-Unidos conservan la educacion política del género humano, porque los Estados-Unidos son los venerables padres de la federacion republicana; Francia conserva en el Occidente europeo la iniciativa revolucionaria, porque Francia es la madre de la revolucion; Inglaterra conserva en todo el continente el principio de la estabilidad constitucional, porque Inglaterra es la patria ilustre del Parlamento; y nosotros, españoles, somos, hemos sido, y serémos perpétuamente los mediadores entre el viejo y el nuevo mundo, entre el viejo y el nuevo continente, porque nosotros, nuestros héroes, nuestros marinos, nuestros navegantes, crearon, más que descubrieron, entre el Atlántico y el Pacífico, la nueva tierra de América para que fuese en el momento mismo en que comenzaba la época moderna y renacia el genio de la civilizacion, como el monumento vivo de la libertad, y con los resplandores de sus horizontes y las bellezas de su pródigo suelo, el digno santuario del espíritu moderno. (*Aplausos.*)

Importa poco, muy poco, señores Diputados, que se hayan roto gran parte de los lazos políticos, de los lazos materiales que nos unian con América. Los españoles, en el mero hecho de ser españoles, somos esencialmente americanos; y los americanos, en el mero hecho de ser americanos, son esencialmente españoles. Seeward, á quien llora la democracia moderna; Seeward decia, concluida la guerra de los Estados-Unidos:

España será siempre una potencia americana. Y el ministro de Lincoln representa con justos títulos en la historia toda la integridad americana. Importa poco que se haya roto los antiguos lazos materiales que nos unian á América. Pues qué, ¿la Patria es el Estado? ¿La Patria es el Gobierno? Mezquina idea de Patria fuera ésa. La Patria es el origen de que provenimos, la raza á que pertenecemos, la cuna en que nos mecimos, el hogar que tiende sobre toda la existencia la gasa de oro de su poesía, el templo que nos inspiró nuestras primeras esperanzas, y donde como nubes de incienso se perdieron tambien nuestras primeras oraciones; la lengua, esa forma de la idea, ese verbo del alma: y todo esto es y será, y no puede ménos de ser eternamente español en América; y si nos denuestan, se denostarán á sí mismos; si nos maldicen, se maldedirán á sí propios; si reniegan de nosotros, tendrán que renegar en esta lengua, la más hermosa, la más sonora, la más rica que en el mundo moderno hayan hablado los hombres (*Aplausos*), y que es como el anillo de oro esmaltado por tantos genios, y con el cual se halla unido el espíritu español al espíritu americano, y el espíritu americano al espíritu español eternamente, así en las páginas de la antigua, como en las páginas de la futura historia. (*Aplausos*.)

Señores Diputados, yo siento, yo deploro que una gran parte del ilustre partido conservador español se halle fuera de este sitio; yo soy enemigo de todos los actos de violencia, como lo demostré cuando el partido conservador ocupaba el banco del Gobierno y yo ocupaba este banco. Por eso yo diré, refiriéndome sólo á los conservadores aquí presentes: no creais jamas, en ninguna cuestion americana, no creais á la escuela conservadora.

¿No habeis visto orador parlamentario de ingenio

tan claro, de inteligencia tan perspicaz, de palabra tan severa como el Sr. Estéban Collantes, y no se ofenda conmigo, qué inferior á sí mismo estuvo anoche? ¿No habeis notado al Sr. Bugallal, vastísima inteligencia, en la cual penetran todas las ideas modernas, cómo apénas comprendé, cómo apénas explica las cuestiones americanas? Podrá servir, y aún lo dudo, podrá servir la escuela conservadora para entenderse con las viejas monarquías europeas; para entenderse con las jóvenes democracias americanas sólo sirve la política democrática, sólo sirve la escuela democrática. Y no os ofendais: nombres tan ilustres como vosotros en naciones extrañas han caído en el mismo error. Los wighs y los torys ingleses, cuando la guerra maldecida por Dios y por los hombres empezó en el Sur de los Estados-Unidos, creyeron que se iba á romper el milagro de la historia moderna, creyeron que se iba á concluir la confederacion americana, y lo publicaron hasta en la Cámara de los Comunes; error que han tenido que pagar con su saludable y sublime humillacion de Ginebra.

Un hombre tan eminente como vosotros, uno de nuestros más ilustres abogados, uno de nuestros más grandes oradores, fué á Méjico de embajador de la Nación española; llegó, entregó sus credenciales á todos los que representaban la reaccion; y vino, entró en el Senado, y dijo el año 1862 que á los cinco años una serie de monarquías constitucionales se extenderia desde el Potomac hasta la Patagonia. No, aquí, permitidme esta soberbia, nadie más que nosotros entiende las cuestiones americanas. Nosotros dijimos que Buckanam preparaba la insurreccion del Sur, y la preparó. Nosotros, cuando Lincoln iba fugitivo huyendo de los salvajes del Missouri que le enviaban asesinos para atajarle el paso al Capitolio de Washington, donde habia

de obtener el martirio y la inmortalidad, dijimos que se vería obligado á concluir con la esclavitud, y se vió obligado á concluir con la esclavitud. Nosotros, en aquellos días terribles en que á Brillas del Rappanock 14.000 de los nuestros morían en la batalla de Friederikburg por la santa causa de la emancipacion de los negros, nosotros dijimos: adelante, adelante, que triunfaréis; y triunfaron.

Nosotros, cuando aquí hubo veleidades de reincorporaciones insensatas, dijimos en nuestros periódicos los peligros de aquellas reincorporaciones que explican las dificultades y obstáculos de la situacion presente. Nosotros, cuando se imaginaba por los grandes genios diplomáticos de Europa el envío de una sombra de imperio al suelo mejicano, y aquella víctima de los errores, de las ambiciones, de las injusticias y de los perjuros de los Reyes, aquella víctima iba hácia América, nosotros le dijimos en nuestros periódicos, escrito está: «Te aguarda la suerte de Itúrbide; crees que vas á encontrar un trono y vas á encontrar un patíbulo.» ¿Por qué? ¿Por qué, señores Diputados? Porque nosotros tenemos el genio del porvenir, y el genio del porvenir es el genio de la América; y como tenemos el genio del porvenir, os anunciamos ahora y os decimos que la negativa de las reformas, que el mantenimiento de la esclavitud, que el imperio de vuestros capitanes generales y de vuestros burócratas perderán á Cuba y á Puerto-Rico, y que solamente los conservarán nuestras reformas y nuestros principios. (*Aplausos.*)

Señores Diputados, la minoría republicana me ha encargado decir, y lo digo con plena conciencia, que quiere, con la exaltacion con que la minoría republicana quiere todos sus principios; que cree, con la fe y con la lealtad con que la minoría republicana cree to-

das sus ideas, quiere y cree hoy, que es necesario, que es indispensable, cueste lo que cueste, la integridad de la Patria en Asia, en África, en Europa, en América. (*Aplausos.*)

Nosotros queremos esto, no por un sentimiento egoísta y estrecho de patriotismo, lo queremos por un principio humano universal de justicia. Hoy sabe muy bien la América española, la América independiente, que nada puede temer, que nada debe temer, gracias á recientes experiencias, á recientes escarmientos; que nada puede temer, que nada debe temer del continente europeo.

Sin embargo, á la manera que el dolor aguijonea á los individuos, la rivalidad, la competencia necesaria aguijonea á los pueblos. Si se han concluido los temores de parte de Europa, hay ciertamente grandes rivalidades de razas, las hay en el seno de América. Como el planeta está condenado á la guerra de las especies, la historia está condenada á las rivalidades de las razas. Y pudiera haber alguna, quizás la haya, que, llena justamente del orgullo de su prosperidad y del espíritu de sus principios, aspirára á ocupar en el continente americano más terreno que aquel que le señalaron la Providencia y la naturaleza. La raza española sabe que para contrastar esto no necesita de la guerra; que afortunadamente las guerras concluyen donde imperan las democracias. La raza española sabe que necesita resolver dos problemas: un problema de política interior, otro problema de política exterior. El problema de política interior consiste en no creer que la democracia es un principio simple, único. Sucede con los elementos sociales en política lo mismo que sucede en ciencia con los elementos aristotélicos. Se creían simples y han resultado compuestos.

En la sociedad, como en la naturaleza, necesitamos